



Premios de relatos cortos
Los Monegros 2002

IV Certamen
de Relato
Corto (2002)

1.^{er} Premio

Despedida

Amparo López Pascual

Mauricio, ahora que tú ya no estás aquí, he abierto los armarios y he empezado a colocar tu ropa para mandarla a alguna ONG. El traje de boda estaba tan negro como el día que lo estrenaste. Ibas guapo con la camelia blanca en la solapa, hay que ver lo que son las cosas, eras el mejor hombre aquel día. Los otros dos trajes que guardabas, no sé si eran tuyos o te los había prestado algún hermano, todos los he metido en la bolsa, las camisas también y los zapatos. La ropa interior, a la basura.

He recogido los cajones del aparador y he encontrado papeles que no sé si serán importantes. Las facturas quizá deba guardarlas. Encontré el álbum de fotos que empezamos a coleccionar cuando salíamos a las verbenas. Me ha dado apuro deshacerme de él porque hay mucha gente ahí metida. Algunos muertos, como Damián, el pobre, el más guapo de la pandilla –puedo decirlo ahora que no estás–. Damián era un hombre extraño, original; creo que es el hombre que más me ha gustado en esta vida insípida. Voy a guardar el álbum, una no puede desprenderse de todo el pasado que se queda viviendo en los objetos.

Mauricio, ahora que ya no estás, he regalado a la asociación de inmigrantes todas esas cosas que comprabas y que no servían para nada, la bicicleta estática, la caja de herramientas universal, la colección de aparatos de jardinería sin estrenar. Quizá alguien pueda aprovecharlas. Para qué querrías tanta herramienta inútil.

Bajé a preguntar si debías algo al puesto de periódicos, al bar y al estanco. Era una deuda pequeña pero no quería dejar cabos sueltos. Oí que decían algo cuando salía de los tabacos. Malos humos.

Mauricio, puede decirse que ahora la casa tiene un aire diferente. Se le ha desprendido el hálito pegajoso que dejabas en las cosas. Por ejemplo, por la mañana no está el ambiente carga-

do de nicotina amarilleando las paredes, y el baño nunca huele mal. Hago una inspiración profunda cada vez que entro, como si estuviera en el campo; el aire puro me baja al fondo del pulmón y me agita todo el organismo.

Me emocioné la semana pasada cuando tuve que pasar por el banco. Parecía una persona importante. Todo lo que me ocupé de preservar de tus manos devoradoras, se conserva en buen estado. Esto, más la pensión de la Seguridad Social, me permitirá vivir de primera el resto de mi vida sin dar golpe. Esta mañana he ido de compras a unas cuantas tiendas de moda.

No te puedes ni imaginar cómo me queda un vestido rojo de gasa, ajustado, que estrenaré en cuanto pueda. Las dos chicas que viven abajo, Mila y Domi, ya sabes, esas que tú mirabas tanto en las reuniones de vecinos, me han invitado este fin de semana a la playa.

Me he hecho la remolona y entonces se han enfadado y, para animarme, se han atrevido a contarme cosas de ti que ya me imaginaba y que ahora sé que son ciertas. Mauricio, ahora que no estás todo me pertenece, el tiempo, el dinero, la vida, todo me está esperando ahí para hacer con ello lo que se me antoje. No he jugado limpio, lo sé, pero tú tampoco.

Me daba igual que bebieras tanto y te emborracharas a placer con los amigos, que tuvieras amiguitas y el cuerpo no lo dejaras quieto detrás de cualquier falda, pero lo que no te perdono es el martirio progresivo –psicológico, que es peor que la leña directa– que me has impuesto con tus palabras durante tanto tiempo, Mauri.

Especialmente que no pararas de llamarme gorda.

Ya era gorda cuando nos conocimos, es más, me jurabas que por eso precisamente me habías elegido; te gustaba pellizcarme los pliegues de grasita en la cintura y me decías que qué harían aquellos con sus novias flacas y enfermizas cuando tenían que tocarse. En la cama, yo era un colchón mullido y bien que te gustaba

estar encima en aquellos tiempos. Querías carne abundante, eso me decías, estirar el brazo y encontrar siempre algo bueno que llevarse a la boca, morderme las lorzcas duras y hartarte de acariciar todos mis kilómetros de superficie. No voy a contar más, pero ya sabes tú lo que disfrutaste con todo lo que a mí me sobraba.

Hasta que te entró el asco por la grasa.

Empezaste a mirar por la calle a esos cuerpos finos y delgados que se transparentaban y a apartarme noche tras noche porque te daba calor, te aplastaba o te pesaba demasiado mi cuerpo. Quitaa, ballena, eso me decías. Y yo empecé a encontrarme mucho más abundante y pesada de lo que en realidad era, a taparme las formas y a disimular.

Recuerdo que en ese tiempo me quedaba en casa llorando, comía solo zanahorias para evitar picar cosas con grasa, y comencé todo tipo de dietas para conseguir el peso que tú querías: la dieta de la alcachofa, la semana de la fruta, la cura de los hidratos de carbono. Bajé peso, yo diría que el suficiente para ser considerada como una mujer aceptable, pero tú seguías retirándome de tu lado. Aquel día que me compré un vaquero talla cuarenta y cuatro y te lo enseñé con orgullo, recuerdo que dijiste: sigues teniendo un panderero de órdago. Y ese día, precisamente, se me alteró el ánimo. Ya no eras el hombre de mi vida. Me fijé en tu barriga cervecera y flácida, en tus entradas profundas, la papada y el descuido de tu ropa. Sobre todo me alteró darme cuenta de que tu cuerpo era más tremendo que el mío y, encima, desproporcionado y deforme. ¿Cómo un personaje así podía burlarse de mis bien formadas redondeces? Mauricio, eras tú el que necesitaba estar a dieta. Y en el telediario de esa misma noche salió la mujer aquella de Cáceres que había usado el veneno de las hormigas. Me apenó ver el estado lastimoso en que había dejado a su marido, en los puritos huesos, diáfano. Esa sí que era una dieta fulminante. La pobre mujer le había proporcionado dosis de caballo y ese había sido su error, así que yo cuidé de hacerlas pequeñas y fuiste

adelgazando progresivamente hasta quedar como el espíritu de la golosina. Enfermo pero elegante.

Entonces comenzaste a envidiar mis carnes sanas y rellenas de vida y alguna noche sentí tu mano aproximarse a mi cintura y rozar el goce de lo bien hecho. Me fui a dormir al sofá para hacértelo más penoso todavía. Te daba asco la comida, no podías probar bocado porque el veneno te había pulido las paredes del estómago, y me veías a mí disfrutar de lo lindo con mis guisos encebollados y mantecosos.

Mauri, tesoro, te juro que al principio solo pensaba darte una lección de buen comportamiento y respeto, pero luego la cosa se fue complicando y ya no hubo marcha atrás. El día aquel que volvías del médico y ocurrió la desgracia, te juro que había encerrado la escalera por absoluta necesidad, porque estaba cuarteada y la madera necesita nutrirse o se pudre —como el cuerpo, cariño—. Es verdad que estabas demasiado débil para subir sin ayuda, y es verdad que podría haberte dado la mano cuando te vi resbalar, pero ya me dabas mucho repelús, Mauri, cariño, yo también tengo mis manías, las cosas hay que hacerlas bien desde el principio.

El batacazo que te diste fue impresionante, todos lo vieron, las vecinas de abajo y el señor Julián, el portero, que era tu amigo. La cabeza te quedó bien abierta, con señales claras de haberte roto el cuello y todo lo imprescindible.

Mauri, no creas que me he olvidado completamente de ti, no soy una desagradecida y a cada uno lo suyo. He pagado a don Agustín un par de misas y he hablado con él de lo poco piadoso que eras como feligrés. Te ha perdonado y reza por ti todos los días.

A veces, quienes están conmigo dicen que el dolor me ha dejado un poco volada, que estoy ida y no me centro en las cosas. Claro, tengo en la cabeza la brisa de la playa próxima, la vida que me queda en este nuevo cuerpo bien cuidado por las dietas y que espera ser estrenado felizmente, ahora que tú ya no estas, amor mío.

2.º Premio

Muchacha bella entre sombras

Manuel Terrín Benavides

Porque está lloviendo sobre los acantilados del sur, como la noche aquella, en las entrañas se me clava la imagen dolorosa de Córdoba Fernández.

Puñaladas que asesta la vida, eso tuvo que ser: la llamada de un dios lejano, los bostezos del polvo, pensamientos mojados cuando el agua, enemiga, borbota en los cristales. Solo eso. El resto, torpes conjeturas. Sin lengua debieran quedarse los cuatro desentierramuertos que merodean por La Perla Roja amontonando despropósitos, gente apestada de hachís, perdularios que quieren que las cosas sucedan como ellos imaginan que han sucedido. Loca iba, como cuando el camino desorienta, bajo una lluvia agresiva que le deslavazaba el cabello negro. Nosotras, aunque los tíos no lo crean, también tenemos corazón, orgullo; también amamos, odiamos; también nos entra la murria cuando todos los días son el mismo día, cuando la vida parece una piedra de molino que tritura.

Desde que vino a La Perla Roja la admiraba yo, tan esbelta, tan emperejilada, tan distinguida que ni de las nuestras parecía. A todas nos preñaba su estilo, su gracejo, su sonrisa contagiosa, también la tristeza profunda del rostro si se le invertía el ánimo. ¡Qué encanto, la melancolía de Córdoba Fernández! Un libro extraño parecían entonces sus pupilas, un libro escrito en lengua extranjera que nadie sabe leer.

La Rubia, moneda falsa, fue la única que se opuso a la admisión, zaraguteando con la dueña, miedo cochino a que se hiciera florón de la barra. Mala hembra, la Rubia, andorra verbenera con el culo caído, que parecía un pato detrás de los tíos, morreando siempre por los rincones, ya arruinado bajo la envidia el poco encanto que pudiera quedarle. El tipazo de la nueva, la

gracia con que aventaba el cabello negro, aquel campaneo armonioso del busto, aquellos labios gruesos, de fruta madura, eran un mazazo para su orgullo.

Algo había cambiado en La Perla Roja desde que vino Córdoba Fernández; algo en el ambiente; algo, lo confieso, dentro de mi corazón. El trapisondeo de todas las andaluzas traía: la necesidad, el mal de ojo, una promesa falsa..., pero pronto entendimos que le iba la parranda, el hedonismo, la libertad, la frasca turbia de los lupanares..., que arañas malditas, también, la devoraban por dentro: una duda, un desengaño, un pasado enigmático que nunca supimos, nadie, ni siquiera Pablito, el amigo de la Macarena, el que siempre andaba cantando la bamba y presumía, ¡pobre ingenuo!, de interpretar el fondo de las mujeres.

–La Perla Roja –piropeaba cierta madrugada un cotarrón apasionado –se parece a la noche; tú, andaluza, al sol de mediodía.

–Siempre hay un dios malo que convierte los rayos del sol en culebras –respondióle ella, lagotera, y nadie supo qué quiso decir.

Córdoba Fernández, la muchacha más triste del mundo cuando le entraba la melancolía, la más chispeante metida en juerga, verdugo de clientes babosos, de maridos adúlteros, de niñatos imbéciles, vino y se fue con su secreto dentro.

–Tú, aquí, con esa percha, con ese... –le insinuaba la Toñi.

Ella, misteriosa, siempre tenía a flor de labios la misma respuesta:

–Todas nos traicionamos algún día.

Con talento se cameló a Pepe Carmona, con chulería se lo levantó a la larga, una echacuervos, una circe trasnochada del Pato Verde, golfa pectorra que presumía –¡como si los años se disimularan con emplastos y potingues baratos!– de lo que ya no era.

Amigo del doñeo, de la jarana, con patillas largas para disimular el chirlo que le afeaba el rostro, Pepe Carmona era caudillo de macarras, cliente pertinaz de coches celulares, pero gallo, también, de mancebías. Hembra que se lo ligaba, hembra que subía de cotización. Porque ponía la vida en juego a favor de la fulana que le llenara la andorga, porque del brazo la presumía, a plena luz, haciéndola sentirse maridada, orgullosas lozaneaban sus favoritas por las calles, envidiadas de muchas mujeres decentes.

–Pepe exige –era, entre todas, su primera regla de juego–, pero paga con el mejor cobre.

Muy encaprichado de Córdoba dicen que estuvo, que hasta le hubiese ofrecido el altar si la moza lo deseara, mas ella, bosque de dispersión, ni le abría la conciencia; emociones deseaba, no dueño; gobernar sentimientos, incluso el mío, nunca sentirse domada. Algo la empujaba a la risa, al llanto, al desafío, jamás a la entrega.

–Pronto, “deo volente”, despejaremos el mar abromado de su vida... –pedanteaba Pablito–. A mí, esas cartas que le escriben las monjas adoratrices... Pronto, pronto habrá respuesta al enigma.

En las afueras de la ciudad estaba La Perla Roja, donde se inicia la carretera del sur. Aunque había entonces muchos clubs, casi tantos como clientes, el nuestro era el más lujoso, el más limpio, el que mercaba con las mejores hembras, que muchos preguntaban que cuánto por invitación, cuánto por noche, de medrosos que acudían.

Arriba, los dormitorios, todos con baño, todos con mobiliario artesanal y paredes de tela roja adamascada; abajo, el salón, un ascua viva –brillo auténtico, no, como otros, barniz de mugre–, bordeado de rinconeras a media luz, la barra en el testero izquierdo, chupando claridad de una ventana grande. La barandilla de la escalinata, sostenida por balaustres de forja artística, pregonaba

madera noble y la Merche comentaba con los ricachos que esos lujos, hay que ser comprensivos, también cuestan dinero.

Córdoba Fernández andorreaba muchas tardes por unos jardincitos que había en los laterales, altiva, bello chorreón de orgullo, o se alejaba, nunca demasiado, por la orilla de la carretera, con la ciudad colgada sobre las espaldas y los berruecos de los acantilados al fondo. Entre ellos se ahogaban sus ojos negros, entre la cinta que se retuerce por picachos y hondonadas. Algo maldecía entonces, a alguien tal vez; alguna voz la estaba acariciando, o condenando, desde lejos. También, en ocasiones, se detenía de repente, miraba al fondo, con las pupilas clavadas en el horizonte, y hablaba sola.

–No barzonees por ahí, muchacha –la reprendía el ama–; siempre hay carlancones sueltos; hace varios años, un psicópata...

Nunca hizo caso, ni a ella, ni a Carmona, ni a mí, su amiga más sincera; hasta gozaba contradiciendo, humillando, despertando rivalidades. Con estudiada coquetería bajaba cada noche la escalinata, desde los dormitorios al salón, contoneo sinuoso de hombros y caderas, vistiendo, provocativamente, faldas muy ajustadas, a medio muslo, como si quisiera amortajar la vanidad de todas las compañeras.

–Una herramienta bella para un oficio asqueroso –comentaba burlona, ya en la pista de enganche–. ¡Pena que hayamos nacido para arrojar amor a la basura! –Luego, al ama, la misma pregunta siempre–: ¿Muchos moscones en el buitrón?

A los hijos de papá se refería, a los zagalones de musculatura fuerte y mollera blanda. ¡Cuánto asco, sin que supiéramos las causas, hacia ellos! Mimosamente los desplumaba; con astucia eran encelados; desde la sombra, fingiendo debilidad, en los puños de Pepe Carmona los metía.

–La andaluza odia –comentaban algunos a sus espaldas–. La andaluza...

Odiaba, o se odiaba; dañaba, o se destruía; su propia realidad, aturdida, echaba a veces en el pozo del olvido, siendo otras una conciencia exagerada, un camino que se refleja en su origen. Jamás he conocido persona más rebelde, más extraña que Córdoba Fernández. El sendero del sur era el único dueño, su confidente único; como boba se quedaba mirando los acantilados, enigmática, casi penitente. Nadie, ni hombre ni mujer, lograba entonces penetrar en su pensamiento.

–Soy tu amiga, andaluza. ¿Qué te pasa, dime?

Y respondía, solapándose, que el aire libre la alentaba, que los clubs nocturnos, por mucha limpieza, siempre huelen a carne podrida, a perfume muerto. A mí me daba mucha pena no poder ayudarla, no tener arraigo en su corazón, no vislumbrar un portillo que me llevara al centro de su vida. ¿Y Pepe? ¿Podría Pepe...?

–Pepe me da asco, amiga –fue su respuesta cuando quise atraerla con ese cebo–. ¿Es que nadie conoce a Córdoba Fernández? Sois un hatajo de palurdas, mera escoria con faldas... ¿Tú?... ¡También!... Pepe Carmona, entre todos los tíos, el que más odio; bascas me produce su aliento.

Con lágrimas recuerdo todavía la última noche. Llovía mucho, lo mismo que ahora, y la ciudad, a las espaldas, se lavaba el rostro, los pecados.

–Mal negocio –refunfuñaba, malhumorada frente a los cristales, la dueña–. Malo, malo, malo.

Córdoba Fernández, inquieta detrás de la barra, bebía sin control, las pupilas muy dilatadas, y el amigo de la Macarena, sentado en un sofá de cretona, la miraba con sonrisa abierta, pícara, bastarda.

–Ganado estúpido, las mujeres –farfullaba–; calor le dan a quien menos lo merece. Ella, triste; él, ale, suelto por ahí, de chuleo, Dios sepa dónde ni con quién. “Contraria contrariis curantur” –latinizó tras una pausa, con énfasis, lozaneando sabiduría, y tra-

dujo—: los contrarios se curan con los contrarios. —Acto seguido, a la vista de que nadie le secundaba el barbulleo, apostilló—: Pepe Carmona es un sicofante.

—No sé lo que significa esa palabra, Pablito —intervino la Merche—, pero nadie la repetiría en su presencia; eso, como que me tengo que morir.

—El tiempo hablará —respondió el galfarro—. Delante tuya he tirado el guante, andaluza.

Córdoba Fernández, muy borracha, ajena a todo lo que se movía a su alrededor, nada escuchaba. Muda estuvo algún rato, lejana, frente al tableteo de la lluvia en el ventanal; luego, súbitamente, levantando la mano con la que sostenía el vaso, dirigiéndose a la dueña, a todas las compañeras, dijo en voz alta:

—¡Un momento, por favor!... ¡Un momento, furcias de mierda!... Yo afirmo, viva todavía, que una mujer puede liberarse de todo, absolutamente de todo, menos de ser mujer. —Alzó el vaso más aún, con mano temblorosa, brillantes los ojos, y añadió—: ¡Brindo por la perra madre que nos ha parido!

Luego, desafiando la lluvia, salió a la oscuridad.

—Muévete, Pablito —era gruñona la voz de la Toñi—; anda, camatrón, corre tras ella.

—Quiere llamar la atención —sonreía cínicamente el amigo de la Macarena—: esa fulana se pasa la vida intrigando “córam pópulo”, en plan interesante... Del porche no pasa, ya lo veréis.

Pero Córdoba Fernández, aquella noche, escachando charcos con pasos imprecisos, tomó la ruta de los acantilados.

Hasta pasadas varias semanas nada supimos de ella, de los pormenores de su última torpeza. Nos puso al corriente, cuando ya nadie lo echaba de menos, Pepe Carmona, ausente también de La Perla Roja todo ese tiempo. Recuerdo que venía muy delgado, el costurón del rostro menos oculto, ojeroso, como caído por

dentro, él, que había sido siempre un tío elegante, dominantón, al gusto de las hembras.

–¿Quién es la sustituta, Pepe? –le preguntó, como quien tira de ovillo, la Toñi.

–Ninguna –respondióle serio, algo brusco–; las mujeres como Córdoba no tienen sustituta.

–¿Y qué hiciste tú cuando aquello? –le sonreía, curiosona, la Rubia.

Pepe Carmona, más animado a cada requerimiento, anduvo comentando que había seguido el camino de la muchacha, tras el rastro del coche fúnebre, hasta la ciudad donde vivía su gente, que no estuvo presente en el velatorio, por respeto, pero sí cuando la misa y luego en el cementerio.

–Si yo contara...

–Cuenta, Pepe, cuenta –lo avisaba, ocupándole con un cubata la mano temblorosa, el ama.

El zarrapastrón, asediado por un círculo de ojos pintarreados, dijo que se hallaba enterrada en un panteón familiar de mármol blanco, grandioso, custodiada la entrada por un ángel con el mismo rostro de ella. También añadió, después de apurar avaramente el cubata, que la misa estuvo en una catedral que parecía maizal de columnas, celebrada por el obispo, con muchos curas y muchos monaguillos con cirios; que el ataúd era de caoba, precioso, un entierro de postín, que hasta el alcalde y las otras autoridades estuvieron presentes; y monjas adoratrices, las que le escribían aquellas cartas que nunca pudimos leer; y bastantes fulanos de dinero, eso se nota; y un enjambre de mujeres con vestidos caros, con joyas; y todo el recinto lleno de gente curiosa, de crespones negros, de coronas de flores...; y que no se llamaba Córdoba Fernández.

Premio Especial
Monegros

Mi camino hacia la libertad

Héctor García Barandiarán

—...Y Dios Todopoderoso, en su infinita bondad creó al hombre y permitió que habitara la Tierra. Pero este siempre suele, por inclinación natural, acercarse al pecado. Hay que procurar vivir siempre alerta de los peligros de la vida. No lo olvidéis, niñas, que la condenación está donde menos lo esperamos.

La voz de la hermana Caridad rebotaba en los muros de la fría iglesia, pronunciando, en su clase de catecismo, estas palabras de aleccionamiento para las muchachas del pueblo. No le resultaba complicado impresionar a las jovencitas con su tétrica escenografía y esos discursos grandilocuentes. Pero aprovechando una pausa de la monja, y sin pedir permiso, una vocecita apocada cuestionó desde el banco:

—¿Cómo puede Dios ser infinitamente bueno y omnipotente, hermana Caridad? Si acaso las personas vivimos siempre rodeadas de peligros para el alma y es este mundo tan angustioso, o bien Dios, que lo creó, no es tan bueno con nosotros o realmente no puede hacer nada para cambiarlo, ¿no?

Los ojos de Caridad se clavaron en Maruja, la niña rechonchita y sucia del guarnicionero. Una bofetada fue la única respuesta que todas pudimos oír. Yo creo que en el fondo de esos hábitos la monja ya dilucidaba el origen de aquellas influencias tan extravagantes, la maestra.

En el largo camino del ser humano hacia la libertad, la ciencia es la herramienta que permite ir sorteando los consecutivos muros que nos separan de ella. Tal y como el doctor Pardina enseñaba a su hija Alejandra, los hombres tienden hacia esa meta en su progreso continuo. Y para él ese Norte de libertad es inalcanzable, pero no por ello hemos de dejar de avanzar en tal dirección.

Era esta la principal lección que el médico del pueblo trataba de transmitir a Alejandra en las largas y meticulosas clases que todas las tardes le impartía. A falta de una profesora para niñas en el pueblo él la educaría con cariño en las Matemáticas, la Anatomía y otras ciencias médicas y físicas.

La misma noche de San Miguel la puerta del doctor Pardina fue golpeada después de la cena. Alejandra abrió y se encontró delante de una mujer de pelo limpio y suelto, ligeramente maquillada y bastante bien vestida. Esta pronunció, en forma interrogativa, el nombre de su padre. La chica le permitió pasar al despacho del médico con un protocolo impecable. Al pasar la mujer por su lado Alejandra la admiró, manantial de serenidad, seriedad, elegancia y buena presencia. Por una lamparita sobre el escritorio, justo detrás, se adivinaba la presencia del doctor. Si una se fijaba mucho podía adivinar una cara entre penumbras, de rostro hinchado, con una barba negra y bien cuidada. La señora entregó al hombre una carta, este la miró por encima y se apresuró a cerrar la puerta. Allí permanecieron tiempo hablando no sé de qué, aquella carta pareció haber inquietado al hombre. Antes de que ella marchara el médico presentó la visita a su hija, era la nueva maestra.

Tres días después el Ayuntamiento anunció que se abría la escuela para niñas. Alejandra estaba muy excitada, ya tenía ganas de ir al colegio después de todas las excelencias que de este había cantado siempre su admirado padre. Aún hoy casi puedo ver el aula el primer día de colegio. Todas las chicas compartían un pequeño salón antiguo, la maestra esperaba en una tarima indicando a las niñas cómo debían ocupar sus pupitres. Después ordenó silencio y se presentó: –Mi nombre es Teresa Pou. Voy a ser vuestra profesora durante este curso al menos. Vengo desde Barcelona gracias al esfuerzo que está haciendo este concejo. Quiero que sepáis que no todos los pueblos pueden permitirse tener maestros, y que entendáis que esto es un privilegio para vosotras, así que deberíais aprovechar y aprender mucho, todo lo

que podáis. Porque –y esto no se me olvidaría– el conocimiento es la llave de la libertad.

Muchas tardes se reunían en la intimidad de la consulta la profesora Pou y Pardina. Ya que la niña no había conocido a su madre le hacía ilusión que su papá, al que tanto quería, entablase amistad con aquella maravillosa mujer. Por otro lado, le intrigaba el secreto de aquel papel, ese que su padre guardó alterado la noche que la maestra llegó...

Las niñas quedaron embelesadas, la presencia de doña Teresa era como el faro en la costa y sus palabras sortilegios de estupenda dicción que atraían al auditorio. Todas querían ser como la maestra. Alrededor de veinte muchachas de hasta catorce años acudían diariamente a las clases de la señorita Pou, allí aprendían a leer, recitar y cantar, también baile y gimnasia, a pintar, bordar y manejar los números. Todas lo pasaban en grande escuchando lecciones magistrales que después no olvidarían: cómo era la España musulmana de Almanzor y Averroes; cómo funcionaba la máquina de vapor de James Watt y cómo se aprovechaba en la industria; cómo creían que era el movimiento de los planetas gente como Galileo o Copérnico; cómo Prometeo fue castigado por entregar a los hombres el secreto del fuego...

Las pupilas se ordenaban en pupitres por parejas. En la primera fila, siempre atentas, compartían sitio Alejandra y la pobre Maruja. La hija del guarnicionero era gordita y siempre iba desaseada, era una niña muy callada, siempre abrazada a la chaqueta marrón de lana que nunca se quitaba. Todas la consideraban idiota, pero Alejandra sabía que la pequeña no era tan estúpida como parecía, sin duda era mucho más inteligente que el resto. Tal vez solo con la hija del médico y con la maestra parecía relacionarse un poco más.

Las dos muchachas de los primeros puestos, las más aplicadas y listas, también dos de las más mayores, solían competir levantando el brazo para contestar a las preguntas de la señori-

ta Teresa. Ambas eran infalibles. Un día la maestra planteó un problema de Matemáticas, consistía en averiguar cuántos pollos quedarían en una granja tras sucesivas epidemias que iban esquilmando fracciones de esta. La premura de la competición hizo que Alejandra fuera la primera en terminar el ejercicio y levantara el brazo como un resorte. Con orgullosa pronunciación pregonó su resultado; en la granja quedarían, tras las epidemias, 350 pollos.

En lugar de una felicitación la hija del médico recibió las risas de todas sus compañeras, e incluso creyó ver cierta expresión de burla en la mirada de la maestra. A petición de esta, Maruja, abrazada a esa horrible chaqueta suya, se levantó y habló:

–Yo creo que quedarán 25 pollos. Al menos es lo que me dan las cuentas. No creo que puedan quedar 350, al principio solo había 150. –En este caso sí hubo felicitación para la niña. Esto dolió bastante a su compañera, esa derrota con burla no se le podría quitar de la cabeza.

Tú la apreciabas, sí, es cierto, pero has de reconocer, aún después de lo ocurrido, que en el fondo tu interés por ella solo apareció después de los misteriosos sucesos que le acontecieron. Antes la ignorabas como todos los demás, como tus compañeros, como tus vecinos, como sus padres... Sin embargo te comía la curiosidad por saber por qué la gordita era tan reservada, qué maldito secreto trataba de ocultar. Había algo que la torturaba y no le dejaba desarrollar su fuerza. Eras su amiga hasta donde se dejaba, pero admite que muy en el fondo había algo de odio en tu relación con ella. Tú también le tenías manía, con pollos o sin ellos. ¿Cómo una niña pobre y sucia podía ser tan inteligente, seguramente más, que la delicada y cultivada hija del doctor Pardina?

La niñita Maruja tenía conductas bastante extravagantes. Solía, por ejemplo, trazar una muesca en el tablero de su pupitre. A unos diez centímetros del borde de este había una mancha más

clara. La niña te confesó que aquella mancha le recordaba una cara (nunca dijo de quién) y quería alargar la muesca hasta llegar a ella para borrarla, para acabar con ella. Poco a poco, día tras día rascaba y serraba, arrasando la madera que de serrín se cubría. Con un clavo hacía progresar la muesca en línea recta. ¿De quién debía ser esa estúpida cara que Maruja creía reconocer? No te lo preguntaste hasta el día en que la encontraron muerta. Quién le daba tanto asco, a quién tenía tanto miedo. Nunca le prestaste demasiada atención, tan solo cuando papá tuvo que ir corriendo a la balsa donde la encontraron flotando. Pardina no quería hablar de aquello, pero tú intuías que había algo raro en todo aquello, ¿verdad? ¿Qué sería? ¿Qué había descubierto en el cadáver de la niña que no le dejó dormir en varias noches, qué le hizo perder el apetito, qué miraba en el infinito? No lo sé, se calló... me lo calló...

Al entierro acudieron todas las niñas de clase, también la profesora. La señorita lloraba. Lloraba mucho, más que la gorda madre de Marujita que se tapaba la cara y parecía que se iba a caer. El guarnicionero andaba con la cabeza agachada, apoyando sus manos ciclópeas en otros hombres que le acompañaban. Alejandra no lloró, se mantuvo firme, su padre le había enseñado que la muerte es solo un proceso biológico, necesario y esencial para la continuidad de la vida como tal.

Lo extraño es que aun el maestro de aquella lección parecía especialmente conmovido. Pardina miraba con desconfianza, sudaba y sus ojos estaban enrojecidos y húmedos. ¿Acaso ya no pensaba en la muerte como un hecho natural, necesario y puramente biológico? ¿Sería aquella muerte la que no le parecía tan natural y necesaria...? Tanto turbó esto al doctor que finalizado el sepelio se reunió con la maestra y tardó bastante tiempo en regresar a su casa.

Con esta ventaja la curiosa Alejandra se introdujo en la consulta y abrió la caja donde el doctor guardaba sus secretos, sus

papeles. La niña, arrodillada sobre la alfombra, barajó con cuidado los documentos, memorizando el orden de estos para no dejar huellas de su intromisión al recoger. Pronto reconoció la carta que había entregado la señorita Teresa, la agarró con las dos manos y la levantó un poquito hasta que la luz de la ventana le incidiese de lleno. Era una carta de recomendación, la firmaba un tal Francisco Ferrer de Barcelona, utilizaba un léxico complicado para la niña pero reconoció un tono bastante angustioso, buenas referencias de la maestra y un párrafo bastante crítico con el Gobierno, el Ejército y la guerra de África. También aparecían referencias de una tal Antonia Maimón, y una dirección de Zaragoza.

Al día siguiente Alejandra se sentó sola, nadie se atrevió a usurpar el lugar de la gordita en la clase. Su pupitre producía una sensación de vacío en todas las chicas. Tan estático en el tiempo, tan testigo, tan impasible y mudo... Con un montoncito de serrín sobre el tablero sajado en parte. Ya quedaba poca labor para alcanzar la temida mancha, la hija del médico midió con sus deditos la distancia (ya menos de tres, creyó contar por encima) mientras limpiaba el polvo de madera vieja. La señorita Teresa trató de hacer comprender a las alumnas aquello del final de la vida. Tal y como hoy lo recuerdo contó que si analizamos la Historia es fácil observar una evolución, unos cambios. La gente puede moverse con más libertad gracias a los adelantos mecánicos. El motor, la locomotora... permiten que hagamos en unas semanas el recorrido que a Magallanes, Atila o Alejandro les costó media vida. Podemos comunicarnos con puntos alejados y hablar con gente con la que ni podríamos soñar conocer, gracias al telégrafo, el teléfono o la radio. Son cambios muy profundos en la forma de vivir. Pero si tomamos a la humanidad en su conjunto descubrimos que a todo esto se ha habituado en relativamente poco tiempo. También a las dificultades: ya no es necesario blandir una espada y luchar cuerpo a cuerpo para disputar una batalla, utilizamos armas químicas, de largo recorrido, artillería blindada y de precisión... Es mucho más sencillo encontrar la muerte en

una guerra, más fácil matar a mucha más gente con un esfuerzo minúsculo. Y visto fríamente también a esto nos hemos hecho, nos parece normal.

Podríamos deducir que somos bastante elásticos en nuestras costumbres, podemos habituarnos a vivir bajo todos los climas y medios de este planeta. Pero nos ha de llamar la atención que existe un cambio en nuestras vidas que nos acompaña desde el principio, que no ha sufrido cambios en muchos miles de años y que, al menos hoy por hoy y con la perspectiva que el tiempo nos da, parece no solo insalvable sino inmutable. La muerte. Y aún con estas premisas, que de forma deductiva nos llevarían a la conclusión de que la blanca dama debiera ser aceptada por todos, el rechazo que nos produce y el trauma o crisis que nos allega es tan insalvable e inmutable como la misma muerte. Y sin embargo nos empeñamos en comprenderla, estudiarla, analizarla, lanzar hipótesis... y nada... Tan solo hemos podido encontrar cierto consuelo inventando la religión... Pero llegando a este punto la catalana prefirió hacer un esfuerzo y no profundizar más. Pienso que ella insinuó que tal vez bajo esa apariencia de evolución se esconde un movimiento repetitivo, alrededor de cuestiones que jamás serán alcanzadas, con cambios coyunturales pero sin principio y fin reales. Su rostro reflejaba represión y el discurso terminó así, es seco. Después hubo silencio en la clase. El trinar de los pájaros en la calle fueron el segundero, los puntos suspensivos en aquel final vacío de la disertación. Algún lapicero claqueó en algún pupitre, alguna ropa seseó al moverse lentamente... y después a casa.

Cuando Alejandra volvió al día siguiente todo recuperó una cierta normalidad. Ella seguía sentándose sola, su pupitre gemelo vacío y con un montoncito de serrín sobre la madera. Esto extrañó a la jovencita que creía recordar haberlo limpiado bien el día anterior, pero sin darle más importancia terminó de retirar el polvo del tablero.

Empezaste a tener miedo, ¿verdad? Cuando volviste a clase durante tres días consecutivos y mañana tras mañana la mesita de Maruja seguía teniendo un montoncito delator. Al principio solo te asustaste, poco a poco pesaba la culpa. Creías que eso era algo que te perseguía, que eso te acusaba. Pero, ¿acusarte de qué? Te avergonzabas y tratabas de limpiarlo sin que nadie te viese. Se te ocurrió una estúpida idea, medir con tus dedillos investigadores la herida del tablón. Y la culpa se convirtió en miedo, ¿eh? ¡Estúpida!, la culpa, ¿por qué? ¿Por haber sido su amiga y haberla odiado...? ¿Por sentir aquello el día de los pollos...? ¿Por tener manía repulsiva a esa chaqueta tan fea...? ¿Por no llorar el día de su entierro...? ¿Acaso era envidia de la capacidad sorprendente de aquella miserable, de esa sucia...? No lo sé pero te avergonzaba, en el fondo, sí. Y cuando pusiste tus dedos sobre el tajo, cuando comprobaste que la distancia hasta la mancha más clara era menor que el grosor de dos dedos, entonces todo se convirtió en miedo. Lo habías comprobado, no había duda. La raya había ido creciendo aún después de la muerte de tu compañerita. Pero... si solo tú conocías aquella extravagancia de la gorda, ¿quién además de vosotras dos podía saberlo? ¿Quién podía querer continuar aquella tontería? ¿Quién quería asustarte? Todo eran dudas, lo único cierto es que la línea avanzaba, la mediste con la regla de madera de la profesora, un instrumento de precisión.

La niña se vio en crisis, ante la presión solo recurrió a su único apoyo último y real, aquel a quien tanto admiraba, al que tanto quería... su padre. Directamente le preguntó si creía en los fantasmas. Ella estaba muy asustada, de no ser así jamás hubiera preguntado eso al médico, ya conocía la respuesta. Para él todas esas cosas no debieran asustarnos, son irreales, las situaciones sobrenaturales no existen en la naturaleza, por lo que no existen en la realidad, en definitiva, no existen. La mirada gentil del hombre estaba llena de ternura protectora que tranquilizó algo a su hija. Para el doctor son fruto de confusiones, casos que han sido investigados defectuosamente. Antes de concluir algo tan

esperpéntico como la existencia de fantasmas deberíamos haber descartado cualquier otra posibilidad real, por improbable que nos parezca, pues al fin y al cabo más lo es aquello que no existe. Tras esto quedó mirando al infinito. Sin expresión dijo melancólicamente que bastante más nos debían asustar los vivos, algunos demonios que andan por el mismo suelo, en nuestro mismo pueblo. Después sus ojos se empañaron y se abrazó fuerte a su hija, besándole el cabello y compartiendo su calor.

Pero a la mañana siguiente la situación volvía a ser la habitual. Tras el susto Alejandra trató de mantener la calma, pensar en todas las posibilidades reales y dejar lo sobrenatural fuera de lo plausible. En su cabeza se había ido tejiendo un laberinto con miles de caminos, cruces, bifurcaciones, pasos falsos y callejones sin salida, lleno de dudas, hipótesis e interrogantes que se confundían con posibilidades, improbabilidades y desconocimientos. Discurría sobre un alambre a gran altura, sin protección, sin asidero, referente ni certezas.

Colocaba sus cálculos, colgados en la cola de una caracola sin pensar. Y en medio de tal confusión, bailando en el eje de la brújula, la niña huyó a buscar auxilio en su maestra.

La señorita Pou atendió las lastimeras explicaciones de la alumna. Acariciando sus manos, mientras escuchaba aquella colección de torsiones explicativas de difícil nexo y comprensión general, intentó calmar a la niña con sus movimientos tranquilos, gentiles, de lenta progresión, trató de presentar un tono de voz calmado, cálido, ambar y miel:

—Todas las cosas nos parecen algo, pero puede que a otra persona le parezca otra distinta. No sabemos si lo que creemos ver es lo que realmente es. No sabemos si nada es. Si además estamos nerviosos o tenemos tanto miedo como tu todo nos parece amenazador, extraño, misterioso. Piensa que la muerte de Maruja nos ha afectado a todos. Tal vez esto no nos haga ver cosas que no existen, pero sí nos puede hacer creer que las vemos. Y pensar

que algo es puede bastar para que sea ¡Qué sabemos si la existencia no se reduce a esto!

La profesora tomó a la niña de su mano y la llevó a hacer una visita. Las dos llegaron a casa El Rosco, llamaron a la puerta y esperaron a que Carmen, la vieja que vivía sola allí, las recibiese. Alejandra no conocía mucho a esa mujer, era gorda y tenía la cabeza cubierta por un pañuelo oscuro. Todos los chicos decían que era bruja y que tenía trozos de gallo colgados por las paredes de su casa. La mujer, muy vieja, preguntó qué deseaban. Teresa contestó que sabía que echaba las cartas. Carmen afirmó sonriendo y les dejó pasar. La casa era muy grande, oscura y fría, olía mucho a humedad y parecía tener distintas corrientes de aire propias del edificio. Alejandra no vio ningún animal, ni vivo ni muerto, ni corriendo ni colgado. La anfitriona les invitó a sentarse en una mesa con un bonito mantel de hilo y sacó una baraja mientras preguntaba qué consulta hacer. Las manos gordas y arrugadas de Carmen mostraron tener gran destreza para barajar. Abrió el mazo y comenzó a levantar algunos naipes. Primero la sota de copas, dijo a Teresa que era ella, una señorita con mucha suerte en el amor porque el dibujo de la copa parecía un corazón. Después volteó el caballo de espadas y colocó las cartas de tal forma que ambas figuras quedaron enfrentadas. Entonces dijo que alguien la perseguía para hacerle daño, porque el caballo implica movimiento y la espada es siempre un arma. La siguiente carta que se descubrió fue el seis de oros, la vieja dijo que las monedas eran redondas como las ruedas y que ella tendría que huir lejos para no ser atrapada.

La señorita reflejó cara de amarga sorpresa, pero tratando de disimularla recriminó a la bruja que pretendiera hacer creer a la gente la existencia de supuestos poderes. Se burló de que identificara la copa con el corazón, quizá por ser roja, ¿y si la hubieran pintado verde? la profesora hubiera pasado de tener suerte en el amor, a ser una dama con facilidad para expectorar y llenar

de viscosidades cualquier superficie, tan solo dependiendo del capricho de un operario tipógrafo a la hora de elegir un bote u otro para cargar su imprenta. Pero la vieja le contestó: –Es usted quien ha venido a mi casa y me ha preguntado si echaba las cartas. Las he echado, pues págueme. En ningún momento he dicho que lo que las cartas cuentan se vaya a cumplir o no, yo no engaño. Si la gente quiere traerme media docena de huevos o una botella de vino yo no cierro la puerta, que no es fácil vivir una sola a mi edad. Que me sale un caballo, pues hay movimiento. Que las copas son rojas, pues es el amor. Los oros... perricas. Los bastos... trancazos. ¿Y qué? Si quieres te lo crees y si no pues nada. También pongo romero en el anís y lo vendo para los callos, y si vas escocida te pongo colonia en el chorro. Y la gente lo compra... y se lo pone tú, pues nada, igual les va bien y todo.

–Me gustaría saber si Maruja, la del guarnicionero, tiene algún tema pendiente en este mundo o ya nos ha dejado para siempre– dijo la niña aun cuando todo parecía ser un divertido cuento.

–Ya verás –dijo la vieja– esto lo vas a hacer tú, yo te enseño. Si hasta es divertido. Mira, primero se baraja un rato. Ahora cortas, sacas tres cartas y las pones en fila. Y después te lo vas inventando...

Alejandra levantó las tres cartas. La sota de espadas, el rey de bastos y el oré. Entonces la vieja le recomendó que se inventará la historia de la niña que está con una espada o algún arma cortante, el rey de bastos puede ser un pastor... un hombre mayor... y el as de oros puede ser dinero o un espejo porque hay una cara mirándose, esa cara tan grande sobre fondo amarillo...

–¿Lo ves? Es un juego –repetía la bruja mientras la señorita Pou le daba unas cuantas monedas por aquella demostración.

Lejos de tranquilizarse la niña volvió a buscar refugio en su padre y salió corriendo hacia su casa. Pese a que incluso la bruja reconocía no tener ningún poder especial esas tres figuras

se repetían en su cabecita. La niña con la espada, el viejo con el garrote, la silueta de la cara...

Al entrar en el despacho la pobre Alejandra se encontró con un montón de papeles por el suelo, la caja de los documentos del médico estaba abierta y vacía. El estado de la habitación sugería que alguien había volcado esa caja para registrar los papeles con violencia. La muchacha, aterrorizada, recorrió la casa en busca del doctor. En cuanto constató su ausencia oyó llamar a la puerta y una voz interesándose por el estado de la niña le descubrió que se trataba de la profesora Pou. Su intención había sido tranquilizarla y mostrarle el fraude, pero si hubiera sabido que iba a reaccionar así jamás la hubiese llevado. Ambas encontraron algo de alivio y paz en un abrazo, entonces Alejandra oyó la voz de su padre que gritaba desde la calle, a lo lejos. La muchacha levantó la vista, el doctor llamaba a la maestra, pero después de dar un par de gritos y salir corriendo hacia ellas se detuvo. Avanzaba muy deprisa pero andando, y acalló repentinamente su aviso, como si se hubiese dado cuenta de que atraía la atención y pretendiese disimular. Se acercaba con unos papeles en la mano, tenso, rápido y violento. En cuanto su hija lo vio soltó a la mujer y se lanzó a su encuentro, al alcanzarlo se agarró a él con mucha fuerza. El hombre la cubrió con el brazo pero no le prestó más atención. Venía muy nervioso. Susurrando, aunque con fuerza, se dirigió a la profesora:

–Teresa, tienes que irte. Vete cuanto antes. Te buscan, no sé cómo han descubierto que estabas aquí pero me he enterado de que vienen a por ti. Voy a quemar nuestros papeles, diré que no te conocía, que te hiciste pasar por otra persona y me engañaste, que no sé dónde estás... pero vete, es cuestión de horas que vengan a por ti.

Aquella noche escondimos a la maestra en nuestra casa, durmió en la bodega. Por la mañana me despertaron para ir a despedirla a la estación, no salía el sol y yo estaba todavía dormida, sólo un beso, una mirada... y el tren. Lo siguiente que recuerdo

es que llamaron a la puerta, era muy temprano, yo me asomé para ver quién era. Mi padre abrió la puerta. Estuvo allí hablando con dos hombres que traían caballos y sables, eran muy espectaculares, de la Guardia Civil. Volví con mucho sueño a mi cama así que no sé cuánto tiempo estuvieron, ni de qué hablaron. Pero tampoco sabía por qué huía la señorita Pou, por qué no la volvimos a ver, de qué tenía miedo mi padre y de qué la conocía, ni por qué la perseguían, ni dónde estaba ya.

Perseguía el conocimiento y siempre me había creído muy inteligente, más incluso que mi amiga Marujita, pero en realidad no sabía nada, solo podía creer cosas. Cómo y por qué había muerto la niña, quién era el rey de bastos, quién el oré... ¿qué temía tanto?

Yo ya no sé si existe la libertad, ni si la humanidad camina a su encuentro, ni si lo hace en línea recta o en derredor. Pero en ese largo camino la ciencia es una herramienta que permite ir avanzando hacia ese Norte en progreso continuo. Ese Norte de libertad es aparentemente inalcanzable, pero, como decía mi padre, no por ello hemos de dejar de progresar en tal dirección. Ha pasado mucho tiempo, y en ese transcurrir he vivido muchas situaciones, ha cambiado mi forma de pensar, he visto transformarse todo lo que me rodea... Cuando recuerdo a la maestra, cuando pienso en mi padre siempre tengo presente algo que aprendí de todo aquello... tal vez las mujeres, y los hombres, deberíamos buscar un camino por el Sur...